

X

En que el general de Treville recibe una triste sorpresa.

Germana, al llevar á su tío á *Deauville*, cuando todas las *villas* inmediatas á la suya estaban deshabitadas, tenía un propósito.

Hasta entonces, llamando en su auxilio todos los artificios de la *toilette*, afectando una alegría, para la cual necesitaba toda la energía y todo el orgullo de su raza, había conseguido disimular su estado. Pero, como lo insinuaba con su malicia viperina su amiga *la bella Laurencia*, se aproximaba el momento en que, á pesar de todas las astucias, no podría ocultarlo.

Después de algunos días de escursiones á caballo y en coche por los alrededores, abandonó el coche y el caballo y se apasionó poco á poco por los paseos en barco.

En aquella época todo millonario que tenía alguna posesion en las costas del canal de la Mancha, debía tener su *yacht*, pequeño ó grande, según su afición á estas escursiones.

La señorita de Roye principió por pasear en los barcos de sus amigas, y se mostró lo más

apasionada del mundo por este género de *sport*, que no está al alcance de todas las fortunas. Después quiso tener su barco. El general, feliz por aquella nueva distraccion, con la cual su sobrina se mostraba tan contenta, la compró en el Havre una goleta pequeña, por la módica suma de quince mil francos.

¡Una bagatela!

Cuando se posee una goleta, se necesita un capitán y tres ó cuatro marineros, y á veces una docena, ó más, según la importancia del barco.

Los marineros es fácil encontrarlos.

No faltan pobres diablos en los muelles del Havre, y de un extremo á otro de las costas francesas, que á Dios gracias son bastante largas, para quienes la entrada al servicio, cómodo y descansado, de una joven como la señorita de Roye, no sea una fortuna.

Pero el capitán á quien se confía una tan preciosa existencia, debe tener cualidades especiales—buen aspecto, buena inteligencia y buen carácter—que sirvan de garantía.

El general se informó, no sin que Germana hiciera por su parte sus averiguaciones. Estaba más interesada de lo que el general creía, en hacer una buena eleccion.

A todos aquellos á quienes preguntaban, les decían:

—¡Ah! ¡Si el capitán Perros quisiese!...

En todas partes no oían más que alabanzas del capitán.

Todos decían lo mismo.

Seducido por aquel concierto de elogios, el general contrató al capitán Perros—breton retirado después de haber hecho su fortuna en la marina mercante,—que vivía en la calle de Etretat y que consintió en abandonar su nido para volver á un servicio que no debía, al parecer, proporcionarle gran trabajo.

Era un lobo marino de los más civilizados; pequeño y casi cuadrado, con áspero bigote y pelo corto, nariz aplastada, ojos vivos y mane-

ras imperiosas, pero en cuyo pecho se adivinaba un corazon noble y un alma generosa.

El capitán Perros tendria entonces, todo lo más, cuarenta y seis años y gozaba de una salud de hierro.

Germana se entregaba á los placeres de las escursiones en su barco, con el trasporte de un niño á quien se le dá un nuevo juguete.

Todos los días hacia escursiones en la costa de Onistrehaus á Honfleur y de Honfleur á Dieppe para acostumbrarse. Con frecuencia se hacia acompañar en sus escursiones por su fiel Ursula. El general se quedaba á la orilla, á causa de su gota y por los dolores de una antigua herida recibida en Crimea.

Un día, á fines del mes de julio, á eso del anochecer, recostado en un ancho sillón de junco, fumaba un excelente cigarro en la azotea de su villa, renegando de los caprichos de las mujeres.

Germana habia emprendido una escursion hacia el Havre, asegurando á su tío que estaria de vuelta á la hora de comer. En el momento de partir le habia abrazado dos veces con redoblada ternura.

De Trouville al Havre, con un poco de viento, el *yacht* de Germana debia emplear una hora escasa. Además, soplabá una buena brisa Nordeste que la habria llevado en la mitad de este tiempo.

Con el poderoso antejo colocado en la azotea, el general habia visto muy distintamente, á eso de las dos de la tarde, al ligero barco entrar en el Havre con sus velas desplegadas y no lo habia visto salir.

Llegada la hora de comer, despues de una larga espera, se habia puesto á comer solo.

Eran ya más de las nueve de la noche y Germana no habia parecido. Esto era ya demasiado; la fantasia iba más allá de los límites de la prudencia.

¡El gotoso enviaba á todos los diablos, los barcos, las goletas, los *bricks*, los masteleros de

juanete, las cofas, las toldillas, las velas y los marineros!

En el fondo sentia una inquietud mortal.

¡Un accidente es tan facil en esas cáscaras de nuez!

El pobre hombre adoraba á su sobrina con tierna debilidad.

¡Que no la hubiera perdonado él, á condicion de volverla á ver con su hermosa sonrisa en los labios y su dulce voz diciéndole:

—¡Estais bien, tío?

A las nueve y cuarto estaba desesperado y no sabia á qué santo encomendarse para tener noticias de ella, cuando uno de sus criados le trajó una carta en una bandeja.

La miró y lanzó un voto.

—¡Pardiez! Rara idea... ¿Qué significa esto?

Acababa de reconocer la letra de su sobrina.

—No me engaño—replicó,—es de Germana.

Examinó la carta en todos sentidos.

Antes de abrir aquel misterioso billete, al cual tocaba con mucha precaucion, como si estuviera cargado de dinamita, miró al criado. Era éste un mozo de diez y ocho años que servia de *groom* á la señorita de Roye y la seguia en sus paseos á caballo.

Este *grom* respondia al nombre de *Toby*.

Toby era delicado, encorvado, de aplastada cabeza, rostro pecoso, piernas torcidas, brazos nerviosos y secos como cables, rojos cabellos y pequeñas y cuadradas patillas.

¡Era feo como un macaco!

Pero no pesaba más de cuarenta y cinco kilos y manejaba un caballo á la perfeccion.

Un amor de *lady*; solo la vieja Inglaterra los produce tan perfectos.

—*Toby*—dijo el general arrojando el cigarro.

—¡A oh!

—¿Quién os ha entregado este papel?

—La señorita.

—¿Ella misma?

—*Yes, sir.*

—¿Dónde?

—En el puerto.

—¿Qué hacia allí?

—La señorita se embarcaba para el Havre.

—¿Ha sido esta tarde?

—Y es, *sir*.

—Pero desgraciado, ¿por qué no me lo habeis entregado antes?

—¿Por qué?

—Habreis ido á emborracharos á alguna taberna.

—No, no.—dijo el *groom*, en tono de protesta.

—¡Explicaos!

Toby sacó de su chaleco de gamuza un reloj de plata, de descomunal tamaño, y poniendo uno de sus delgados dedos en la esfera:

—Ved—dijo.

—¿Qué es eso?

—Las nueve y veinte.

—¿Y qué?

—La señorita me encargó que os entregara la carta á esta hora, ni un minuto antes. Así lo hago.

—Ea, despeja—dijo el general con furia.

Sospechaba una desgracia.

La carta estaba concebida en los términos más cariñosos, pero el señor de Treville no se engañaba: la desgracia había llegado.

«Mi buen tío:

»Sois casi lo único que amo en el mundo, y sería muy ingrata si así no fuera.

»Por eso he tenido siempre para vos la más afectuosa ternura.

»¿No constituís vos toda mi familia?»

El general se retorció el bigote.

—¡Oh!—pensó—¿qué es lo que voy á saber?

Continuó leyendo.

«Debo abandonaros, sin embargo.

»Será por poco tiempo.

»Partó.»

El señor de Treville sintió un desvanecimiento.

«Pero al partir os prometo volver, lo más

tarde, seis semanas antes de la época señalada para mi boda.

»Prestadme atención y medita mis palabras.

»Estoy bajo la impresión de una pena, de una profunda pena, que tal vez hubiera sido mortal si vuestro afecto y mi indomable orgullo no me hubieran sostenido.

»Las causas de esta pena son tales, que no me atreveré á revelarlas ni aun á vos, que teneis toda mi confianza y todo mi amor.

»¡Sobre todo no vayais á imaginaros que se trata de culpables intrigas, de una pasión que yo no pudiera confesar!

»¡No!

»No he sentido más que una, y mi mano está prometida al que me la inspira.

»Si pudierais ver mi alma, veriais que está pura, que no hay nada que la empañe.

»Espero, querido tío, que un viaje de alguna duración proporcionará el remedio necesario á la secreta dolencia que sufro.

»Viajaré en un barco mio.

»Lo he hecho comprar en Inglaterra hace quince días.

»Es un soberbio *yacht* de cien toneladas, construido para lord Percy, que acaba de morir y que no se sirvió de él más que seis meses.

»El capitán Perros, que es muy inteligente en cuestiones de mar, lo ha calificado de admirable.

»El ha alistado la tripulación, quince hombres y el segundo, de quien él responde.

»Tendreis que pagar una letra de ciento cuarenta mil francos á fin de agosto.

»Para los demás gastos me son suficientes mis economías de soltera, y si se me acaba el dinero en el camino, recurriré á vos.

»No esteis intranquilo. La *Golondrina*—este es el nombre del *yacht*—abrirá sus alas y no zozobrá.

»Para todo el mundo, al embarcarme, cedo á la súbita pasión de viajar que se ha desarrolla-

do en mí, quiero visitar, mientras soy libre, las costas del Mediterraneo y del Océano.

»Esa será la razon exterior, bien plausible, de mi escapatoria.

»Sólo vos sabreis que existe otra, secreta, imposible de conocer.

»Debí confiaros mis proyectos y traerlos conmigo. Sois tan bueno que hubierais accedido, pero yo me censuraria siempre el haberos impuesto tanta fatiga y tan penoso sacrificio de vuestras costumbres.

»Y además necesito que haya alguien que me defienda en mi ausencia, por eso quiero que permanezcais en vuestro puesto!

»El movimiento, la vista de cosas desconocidas, una existencia accidentada, por un viaje de algunas semanas, de algunos meses tal vez, devolverán á mi turbado espíritu la tranquilidad que ha perdido.

»La mayor prueba de afecto que podreis darme, será no pedirme jamás que os participe mi secreto.

»Parto, pues.

»No puedo deciros la direccion que llevo. Iré al capricho de los vientos, á donde la mar me empuje.

»Adios, no temais. Mi intencion no es exponerme á la incertidumbre de una lejana travesía, sino tan solo emprender un paseo, más largo sin duda, que el del Havre á Brighton, ó de Dieppe á Bourlogne, pero no más peligroso.

»Llevo conmigo á Ursula, en quien podeis tener una entera confianza.

»¡Ella me bastará!

»Recibireis noticias mías con tanta frecuencia como me sea posible daroslas.

»¡Perdonadme, mi buen tío, esta calaverada, reprehensible tal vez, sino me la ordenara una funesta necesidad!

»Esta carta es para vos solo.

»¡Tengo necesidad de deciroslo! Vuestro cariño me habrá comprendido ya.

»Estas últimas palabras os darán tal vez en que pensar.

»Hay en esto una cuestion de honra y no quiero escitar odios, cuyas consecuencias no podrian menos de ser terribles.

»¡Adios, ó más bien, hasta la vista!

»Os abrazo, querido tío, de todo corazón. Mi alma queda con vos.

»Vuestra,

»GERMANA.»

El general dejó caer las manos sobre sus rodillas y dió un prolongado suspiro.

—Espíritu turbado... pena mortal; cuestion de honra... funesta necesidad...—dijo.—¡De todo esto no comprendo nada sino que es desgraciada! ¡Ella! ¡Eso es imposible!... ¡Defenderla! ¡Aquí estoy yo! ¡Pero quien la atacará!... ¡Par-diez!

Volvió á coger la carta y la examinó de nuevo.

Tenia una posdata.

El señor de Treville no se atrevió á leerla desde luego.

Lo que acababa de saber extraviaba sus ideas. Luchaba con una dolorosa perplejidad.

Las frases de Germana estaban llenas de palabras oscuras, cuya oscuridad se parecia á las de esas nubes tempestuosas que ocultan los relámpagos y el rayo.

¿Habria entrado la desgracia efectivamente en aquella casa, cuyas puertas debian haberse cerrado tantos criados?

¿Cómo se habria deslizado en ella?

Germana, aquella criatura que él habia educado con tantos cuidados, tenia un secreto que ocultar.

¡Huía por salvar... su honra tal vez!

Esta era la palabra.

El general entrevió la verdad. Recordó varios detalles; la palidez de su sobrina, el deseo de aislamiento que súbitamente se habia apo-

derado de ella, á su vuelta de los Essarts; ¡la alteracion de su salud!...

Una duda horrible se apoderó de él, ó mejor dicho, entonces comprendió.

¿Estaba comprometida, perdidal? ¿Por quién? ¿Cómo?

La sangre afluyó como una ola á su cabeza.

Cogió la carta, la leyó de nuevo, pesando sus términos, y por fin llegó á la posdata.

Hé aquí lo que decía Germana:

«Debo encargáros de una mision para mi futuro.

»Le dareis cuenta de mi partida en los términos en que juzgueis conveniente dársela.

»Es inútil que pida explicaciones que yo no le daría.

»No se las debo á nadie.

»Libre aún, hago uso de mi libertad.

»Me voy por amor al movimiento, por amor á los viajes.

»Os lo he dicho:

»Si el señor de Beaulieu se formaliza por esto, que se acuerde de que reclamé de su amistad una ciega confianza.

»Concediéndomela será como me probará la grandeza y la sinceridad de su amor.

»Si me la niega, por mucho que yo sienta una ruptura, que me desolaría, tengo la debilidad de confesarlo, no retrocedería ante el deber que me impone mi orgullo.

»Le relevaría de su palabra simplemente.

»El es, pues, árbitro de nuestra suerte.

»Decidle que llevo conmigo su retrato, el que me dió ayer á instancias mías, instancias que comprenderá al decirle esto.

»He querido llevar conmigo algo suyo.

»Que cumpla su promesa y puede estar seguro de que yo cumpliré la mía.

»Si duda, ¿para qué unir dos almas que no se comprenden y no se estiman?

»GERMANA.»

El general se revolvió en su canapé de juncos y miró al cielo.

Evidentemente acababa de recibir un golpe rudo.

Permaneció un cuarto de hora en aquella actitud tratando en vano de reunir sus ideas. Al fin, para calmar sus nervios, se incorporó y cogiendo uno de los frascos, colocados en fila sobre el velador, como soldados en línea de batalla, llenó de *Chartreuse* una copa. La vacío con lentitud y pronunció su terno familiar, que demostraba en él la mayor perplejidad.

—¡Pardiez!

Conocía á su sobrina. Sabía que sobre todo era razonable, nada testaturada, enemiga de todo lo romántico, y por lo tanto, fría y prudente, cosa que había admirado más de una vez en ella y esto le daba ahora mucho en que pensar.

Germana se había quedado muy pronto huérfana y los niños que se ven sin apoyo, se reconcentran en sí mismos antes que los que cuentan con los cuidados de sus madres y estan sostenidos por un brazo paternal, cariñoso y fuerte.

El señor de Treville sabía todo esto y aunque no era hombre de gran perspicacia estaba lejos de ser ciego.

La noche era hermosa. La mar alta venía á batir el pié del dique situado delante de la villa.

El la miraba con vaguedad mordiéndose el bigote y murmurando á cada instante palabras ininteligibles.

En el momento en que no sabiendo qué resolver, y sobre todo, que comprender, maldecía al universo entero y á la nefasta contingencia que trastornaba su vida, adormecida en una falsa y engañadora seguridad, la puerta del jardín se abrió. Un hombre lo atravesó con precipitado paso, el rostro alegre y los brazos estendidos, exclamando:

—¡Buenas noches, general!

—¡Esta sí es que es buena!—refunfuó el tío.
—¡Ahora el futuro!

El pobre hombre estaba positivamente desorientado.

Entonces recordó las palabras de su sobrina. Germana había querido que él quedara en su puesto. ¡En él estaba, pardiez!

No desertaba. ¡Pero qué decir? ¡Cómo anunciar aquella acusadora fuga? Sobre todo, ¿cómo explicarla?

—¿Y Germana, general?

—¡Germana!...

—¿No está aquí?

—Ahora nó.

—¿Está bien?

—Sin duda... al ménos yo así lo supongo.

—¿Cómo! ¿Ves lo suponeis?

—¡Ciertamente, lo supongo, puesto que acabo de deciros que no está aquí!

—No os comprendo, general. Veamos. ¿Qué ocurre?

—Ocurre... que venis mal, amigo mio.

—¡Me asustais!

—¡No hay por qué! ¿No habeis pensado nunca en que las mujeres son seres terriblemente fantásticos?

Roberto palideció tan visiblemente, que el general, aunque estaba muy preocupado, notó la trasformacion de su rostro.

El señor de Treville sonrió, lo cual debió costarle un laborioso esfuerzo.

—¡Vamos!—dijo,—no os vayais á poner malo como un colegial. ¡No creais que se trata de nada grave! Soló que tengo una cosa que comunicaros. Sentáos. Encended un cigarró y hacedme compañía.

—Con mucho gusto; pero hablad, hablad pronto.

—Preferirías encontrar aquí á la sobrina en lugar del tío, ¿no es verdad? No creais que eso me parece mal. Pero es preciso que os resignéis, amigo mio. No ignorais que Germana ha

contraído una pasion extraordinaria por el mar...

—En efecto.

—Que ha querido, como todo el mundo, tener su barco, sus marineros, su capitan...

—¡Ay de mí!

—Decís ¡ay de mí! pero ¡pardiez! yo os pregunto, ¿quien es el que no tiene su barco y sus marineros?

—Esa es la moda, lo reconozco.

—¡Ah! lo reconocéis. Está muy bien. Tomad una copa de *fine champagne*. Os lo recomiendo. ¡Es muy bueno! Es una moda ridicula, convengo en ello, pero existe—continuó diciendo.—Ahora bien, cuando se posee un barco, marineros y capitan. Oidme bien, ocurre que á uno le tienta el demonio de los viajes... aunque no sea más que para sacar partido de su material.

—Es decir, que se permite uno algunos paseos...

—¡Paseos! No adivináis. Eso es bueno para gentes que toman una mala chalupa de á dos francos por hora, como un coche de alquiler, ¡pero con una goleta de... no sé cuantas toneladas!...

—¿Qué decís?

—Que he tenido la debilidad de consentir esa locura. ¡Ya está hecho! ¡Cincuenta mil escudos lanzados al agua!

—¿Entonces?...—preguntó Roberto.

—En un trasporte de alegría ha querido utilizar su adquisicion... En seguida... ha emprendido una expedicion, pero una expedicion seria...

—¿Hacia donde?...

—Primero hacia las costas de Normandía... á la Bretaña tal vez. Es posible que llegue hasta Brest. Ya sabeis que cuando se parte no se sabe nunca dónde se va uno á detener. El primer paso es lo que cuesta dar.

—¿Sola?

—No; lleva consigo á Ursula...

—¿Y es ese todo su acompañamiento?

—Poco más ó ménos.

—¿Y lo habeis consentido, general?

—¡Pardiez! Claro que lo he consentido. Hubiera querido veros en mi lugar. Adora el mar. En el mar está. Si no hubiera sido por mi gota hubiera yo ido con ella...

—¡Oh... general, qué locura!

El señor de Treville perdía, literalmente, la cabeza, que por cierto no tenía muy fuerte, pero no retrocedía, fiel á su consigna, y continuó defendiendo intrépidamente á su sobrina.

—¿Os admirais?—dijo.

—Sin duda.

—Yo no. Es un placer como otro cualquiera.

—¿Pero una jóven sola, general?

—¡Estais sordo! ¡No está sola! Está con Ursula y el capitán Perros. Tengo en él toda mi confianza. Y despues... comprendereis que no podía llevaros consigo, ¡pardiez! Lleva vuestro retrato y esto es bastante... ¡Sed justo!

—¡Ah! ¡Lleva!...—repitió el ex oficial, cuyo rostro se iluminó. ¿Os lo ha dicho ella, general?

—Sí; y otra cosa más.

El vizconde se serenó súbitamente y prestó atención.

—Me dijo que habia exigido de vos una promesa.

—¿Cuál?

—¡La de tener en ella una fé ciega. ¿Es cierto?... ¿Sí, ó no?... ¿Os acordais?

—Sí, señor.

—Ha añadido: «Si á mi regreso sigue amándome, cumpliré mi palabra. Si quiere romper, le devuelvo la suya.» ¿Quereis que os diga francamente mi parecer?

Al hacer esta pregunta, el señor de Treville reprimió un acceso de hipo.

La idea de mentir le repugnaba, pero pensaba en Germana.

—¡Oid mi opinion! El compromiso que se contrae al casarse, es para toda la vida. Por eso los contrayentes deben conocerse á fondo. Ger-

mana ha querido conoceros. Es una simple prueba—concluyó diciendo el general!

Roberto de Beaulieu lanzó un suspiro, se mordió los labios y dijo:

—¡Tengo fé en ella, general! La esperaré.

—He ahí cómo os quería. La copa de despedida—añadió, llenando la del jóven.

—Con mucho gusto.

Roberto encendió de nuevo su cigarro y miró al mar, que se rizaba al pie del dique; pero le miró como se miraría al hombre que acabara de robarnos la bolsa, y se despidió del señor de Treville.

Ráfagas de luz

El general de Treville se durmió aquella noche con la satisfaccion que produce el deber cumplido.

En suma, á pesar de la oscuridad que reinaba en aquel asunto, estaba contento de sí mismo.

Habia protegido bien la retirada de su sobrina, y estaba tan orgulloso de esto, como de los hechos de armas de sus buenos tiempos.

Amaba á Germana sobre todo, el resto era para él muy secundario.

Entre ella y su prometido, aunque era hijo de su mejor amigo, habia una distancia enorme en la afecion que les profesaba.

El señor de Treville no era hombre de largas reflexiones.

Bueno para cargar á la cabeza de una brigada de caballeria, sobre un cuadro de infanteria ó para acuchillar á los artilleros sobre sus piezas, no estaba dotado de ninguna de las cualidades que constituyen los capitanes ilustres.

Era un corazon de oro: no era un génio.

Creyó haber allanado las dificultades y salvado la situacion.

Se engañaba.

La duda habia penetrado como una cuña en la imaginacion de Roberto.

Y volviendo al hotel de Las Rocas Negras, donde vivia, el vizconde iba perseguido por ideas que le ostigaban como un enjambre de abejas.

Recordaba las circunstancias que habian acompañado á su peticion de matrimonio; la repentina decision tomada por la señorita de Roye desde el dia siguiente de la singular noche pasada en casa de Santiago; el grito que oyó en las tiniéblas y que le despertó sobresaltado; el plazo de un año tan estrañamente impuesto y del cual se aprovechaba Germana para satisfacer inesplicables caprichos, que él no podia resolverse á escusar. Su enfermedad durante los primeros meses que siguieron á su promesa, y por fin, aquella partida tan repentina, tan imprevista, tan secreta y tan atrevida, para una joven que se entregaba alegremente á merced de una tripulacion desconocida y se iba á correr el mundo sin otra defensa que una doncella vulgar, su confidente tal vez.

Censuraba la debilidad del general, aquel tutor sin fuerza moral y sin autoridad, imbécil, que ayudaba á llevar á cabo aquella imprudencia sin nombre.

¡Si hubiera sabido que el buen señor ni aun habia sido consultado!

La amenaza de Germana, dulcificada por el general, le exasperaba tambien.

¡Quería ser libre y usaba de su independencia! ¡Por una ligera reprension, por la más minima desconfianza, le devolveria su palabra lo cual significaba que ella retiraria la suya!

¡Renunciar á Germana? ¡eso era imposible!

Se sentia profundamente turbado.

Era cerca de media noche, cuando el vizconde pasó por delante del Casino de Trouville, siguiendo la playa.

Refrescado por la fría brisa de la noche, Roberto, indeciso, no sabiendo qué resolver, se dijo por un cambio común en los enamorados; que su delirante imaginación le hacía ver fantasmas; que sus temores no tenían fundamento; que Germana, tan franca, tan enemiga de la mentira, no podía haberse pervertido tan pronto y haber llegado de un salto á los últimos límites de la doblez.

Trató de defenderla contra su propia razón. Pero al día siguiente las sospechas volvieron de nuevo, y después de una noche de insomnio, quiso aclararlas en cuanto le fuera posible.

Dió su paseo en sentido inverso al de la noche anterior, y llegó al muelle de Trouville en el momento en que la campana de un barco sonaba en el puerto.

Corrió hacia él.

A las diez y media el paquebot pasaba por entre los majestuosos muelles del Havre.

La primera fisonomía que vió al desembarcar fué la de Santiago de Brandes.

—¿Vos aquí?—le preguntó con estupefacción.

El primer pensamiento de Roberto fué de desconfianza. ¡Santiago de Brandes, tan retirado, tan amigo de vivir en el campo, se hallaba en el Havre, precisamente en los momentos en que Germana acababa de salir de él!

En la confusión de sus ideas, Roberto no podía menos de establecer cierta relación entre los caprichos de Germana y el nombre de Santiago de Brandes.

No es que supusiera entre ellos una intriga, y mucho menos una intriga amorosa; sino que recordaba que el cambio que se había operado en el carácter de Germana, había sido después de la caza en los Essarts, á partir de la noche de aquel día, en la cual había sonado el grito, sonado tal vez, que aun resonaba en su alma.

Por lo demás, aquel movimiento de desconfianza no tuvo más duración que la de un relámpago.

El vizconde era demasiado leal, para no re-

chazar con todas sus fuerzas una presunción, que en el fondo no tenía fundamento alguno sólido.

Alargó la mano á su vecino del campo, que la tocó ligeramente, como quien está distraído por un espectáculo que le interesa.

—¿Hace mucho que estais en el Havre?—preguntó Roberto.

—Veinticuatro horas.

Era verdad.

Pero lo que Santiago de Brandes no decía, era que hacía ocho días que estaba en Trouville, que lo había intentado todo para tener una entrevista con su víctima y que no había conseguido más que precipitar su huida.

No perdía su tiempo, por otra parte, y si no conseguía nada de la señorita de Roye, tenía conferencias con un personaje, que, no por no ser del mismo sexo y de la misma categoría que la señorita de Roye le era menos útil.

Se comprenderá que se trataba de su amigo Triquet.

Desde que la noticia de la boda de Roberto de Beaulieu se esparció, todos los malos recuerdos de Triquet se reavivaron, y su rencor, atizado diestramente por Santiago de Brandes, tomó nuevas fuerzas.

Recordaba á su padre, Triquet Collet, batiendo como un lobo por los guardas de Beaulieu, condenado sin piedad, arrojado de los bosques del conde y de los de sus amigos como un peligroso malhechor.

Y en verdad, cuando Santiago de Brandes le pedía un favor, que por otra parte no comprendía en todo su alcance, era excusable en el pobre diablo, el que no vacilara entre el amigo de su infancia, servicial y bueno, que le había sostenido, á él como á sus padres, cuando los otros los perseguían como bestias salvajes y el conde que defendía sus propiedades con tanta aspereza y rigor.

La casualidad, al mezclar en los asuntos de la señorita de Roye al capitán Perros, servía de

una manera perfecta á los proyectos del baron.

Esto es lo que Santiago de Brandes no habia dicho al adversario que tenia frente á sí.

—¿Cómo habeis venido?— preguntó el vizconde.

—¿Yo?— dijo Santiago— cabalgando á pequeñas jornadas sobre mi jaco.

—Sois infatigable; la jornada es larga.

—No tan larga como la del cervatillo. ¿Os acordais? ¡Aquel animal que cansó con su lijeza á vuestro *pur sang!*

—En efecto. ¿Vereis al general antes de iros?

—Tal vez. No sé si me llegaré allá. Ya sabeis que me gusta mucho mi desierto.

—El pobre hombre está muy agobiado— repuso Roberto.

—¿Por la gota?— preguntó Santiago con el tono más natural del mundo.

—Tambien, pero sobre todo por la partida de su sobrina.

—Me haceis pensar en ello. Mi brillante prima le dá disgustos con sus extravagancias. ¡Se ha desarrollado en ella una pasion por los viajes! ¡Pasion muy estraña en verdad!

—¿Lo sabiais?

—Se habla de ello en la ciudad— respondió Santiago. ¿No se ocupaba de tener un barco, una tripulacion? La ví... un instante... de lejos... de muy lejos.

—¿Dónde?— preguntó el vizconde.

—Aquí, pero demasiado tarde. Su *yacht* salia del puerto. Un marinero fué quien me lo indicó. Una hermosa goleta... ¡Me parece que era una goleta! ¡No tuve tiempo más que de saludarla agitando mi pañuelo! ¡Son magestuosas esas salidas!

—¿Os contestó?

—Con un cañonazo. Esos millonarios no se privan de nada. Ahora tienen artilleria como los tres puentes de Tourville ó del bailio de *Suffren*. ¡Si hubiera aún galeones de la compania de las Indias, podrian echarlos á pique. ¡Picaro mundo!

—¿Estareis aqui mucho tiempo?

—No estoy seguro. Es probable que marche esta noche. ¡Tengo que plantar mis coles... ¡A menos que no me vaya á Paris.

—Vos siempre tan ligado á vuestras tierras, á vuestra casa.

—Ligado por necesidad— objetó Santiago. La cartera está poco provista; pero tengo un negocio entre manos...

—¡Tened cuidado, los negocios suelen ser escabrosos!

—¡Oh! este será bueno; al ménos así lo espero. ¡No tengo el espíritu aventurero, y luego, que no se trata tan solo de dinero!

El tono del baron era enigmático; pero Roberto era demasiado discreto para provocar confiancias.

En el acento de Santiago de Brandes se hubiera podido adivinar un matiz de lurla, casi inapreciable, porque estaba velado por una exacta cortesía.

El vizconde se puso pensativo, pero guiado por su natural benevolencia, preguntó:

—¿Dónde vivis?

—En un hotelito de la calle de Drapiers.

—¿Me permitis ofreceros un almuerzo?

—No, pero almorzaré con mucho gusto con vos.

—¿A dónde iremos?

—Adonde querais. Soy económico por fuerza; pero una vez no hace regla.

—Entonces iremos á Frascati.

—Sea, iremos á Frascati.

Frascati estaba en moda en aquellos tiempos, y ¡cosa increíble! allí no se desollaba sin compasion á los viajeros.

Los tiempos han cambiado.

El paciente que entra en una de esas cajas de sorpresa, á las cuales se dá el nombre de *restaurant á la moda*, tiene cinco francos sobre su cuenta antes de quitarse el sombrero.

En aquella época, al ménos, el servicio en Frascati era escelente, y antes de marcharse

de allí no se estaba condenado á vaciar su portamonedas, hasta su último sueldo, sobre el mantel, ó á dejar su reloj en prendas.

Así es que los salones estaban llenos de parroquianos. Aunque eran muy grandes, una multitud de bañistas, de turistas, de ingleses y de brasileños recién desembarcados, los obstruía.

Los dos compañeros tuvieron que sentarse en el ángulo de una mesa, único sitio que había desocupado. Muy cerca de aquella mesa, dos hombres concluían un desayuno que, á juzgar por el número de botellas vacías, debía haber sido abundante.

Un mozo se acercó á los recién llegados.

—¿Qué desean los señores?—preguntó.

—Veamos la lista.

Roberto consultó á su compañero con un signo.

—Todo lo que vos queráis—dijo Santiago con aire preocupado.

La conversacion de los dos parroquianos que estaban de sobremesa muy cerca de ellos, atraía su atencion.

Uno de éstos, el más joven, era evidentemente un oficial de marina, vestido de paisano.

Cuidadosamente afeitado, lucía rubias patillas; sus ojos, de un azul claro, como si el color de las olas se reflejara en ellos, afectaba la reserva y la calma del hombre acostumbrado á los peligros del mar.

Tendría de treinta y dos á treinta y cuatro años.

El otro tenía los cabellos entrecanos, las facciones cansadas, el aspecto fino; debía tener unos sesenta años. Una cinta encarnada prestaba un nuevo lustre á su ancha levita de sabio, ya vieja.

—Ese Perros tiene suerte—dijo.—Me hubiera alegrado mucho verte en su lugar.

El marino se mordió los labios.

—Yo también me hubiera alegrado—afirmó.

—Hay toda una novela en esa aventura. Una joven hermosa—¡porque es encantadora, no se

puede negar!—rica como Creso, que se embarca sola para ir yo no sé adónde...

—¿No os dijo nada Perros?

—Nada.

—Es reservado el estúpido.

—La discrecion es una virtud—dijo el viejo, llenando de cofiac su copa.

—Los marinos no están obligados á ser tan discretos como vos—objetó el otro.

—No me quitarán la idea de que ese viaje encubre un misterio. Las gentes de la alta sociedad corren á veces curiosas aventuras... ¡Que yo hubiese conocido!—Si hubiera querido tomarme la molestia de averiguarlo, hubiera encontrado con facilidad la clave de ese enigma. ¡Hubiera sido una fortuna para tí ese mando!—dijo.

Y añadió con espiritual sonrisa:

—Sobre todo una buena fortuna.

—¡Bah!—exclamó el oficial,—lo que yo siento es el barco. ¡Una verdadera maravilla! No es una de esas máquinas de planchas de hierro que revientan miserablemente en cuanto tocan con una roca, sino un sólido casco de madera, que resiste y se detiene como un ser viviente, obedeciendo al timon como un caballo al bocado y á la espuela; un velámen fino y alto, capaz de dar envidia á las alas de las aves marinas. ¡Y qué limpieza! ¡Una sala de caoba y madera de las islas!...

—¿A dónde se puede ir con esa goleta?

—¡Al fin del mundo si se quiere! Perros ha tenido buena mano. ¡Es un marino inteligente!

—¡Podía vivir ya tranquilo!... ¡Rico como es!

—¡Lo será más ahora!

—¿Por qué?

—¡Inocente! ¡No hay secretos que equivalen á una renta!

El viejo se acercó al joven y le dijo algo que sus vecinos no oyeron.

La fisonomía de Santiago demostraba maligna alegría.

El marino no se ocupaba de sus vecinos. Pa-

recia profundamente sorprendido de la revelación que le habia hecho su compañero.

—¡Bah!—dijo.

—¡Es evidente!

—¿No os engañais?

El hombre de la cinta encarnada respondió como el doctor Bertauld á Germana:

—¡Engañarme! ¡eso es imposible!

Roberto se incorporó y se volvió hacia ellos.

El baron le obligó á sentarse.

—¡Vais á dar un escándalo!—le dijo—tened paciencia. ¿Se puede prohibir á las lenguas que hablen?

—La cuenta,—ordenó el viejo, sin ocuparse de lo que decian á dos pasos de él.

Se puso los anteojos, examinó la cuenta con cuidado, la pagó, cogió su sombrero, lo limpió con la manga de la levita, contó el dinero que el mozo le devolvía y se marchó tranquilamente.

Roberto de Beaulieu, lívido de cólera, no tocaba á nada de lo que tenia delante de sí en la mesa.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó al mozo.

—¿Ese que acaba de salir?

—El de más edad.

—El señor Quesnoy.

—¿Qué es?

—El señor Quesnoy es el mejor médico de la ciudad, caballero.

El vizconde, que estaba lívido, se puso colorado.

—Este se escama demasiado pronto,—pensó Santiago.

—¿Y el otro?—preguntó al mozo con una indiferencia admirablemente fingida.

Es su sobrino, el señor Descars, teniente de navío que ha pedido su licencia para entrar en la Compañía Trasatlántica.

—¡Ah!

—¿Conoceis al capitan Perros?

—Sí, señor, soy yo quien le sirve. Almuerza aquí todos los días.

—¿Qué clase de hombre es?

—Aspero, señor, brusco pero muy inteligente.

—¿Rico?

—No lo sé, pero creo que debe tener sus ahorros.

—¿Casado?

—¡Ah! eso no, soltero.

—¿Qué edad tendrá?

—Unos cincuenta años.

—¿A dónde va?

—No sé. Manda el *yacht* de una señora joven inmensamente rica, segun dicen.

—¿La habeis visto?

—Ayer mismo, en el momento en que se embarcaba.

—¿Cómo es?

—¡Ah! señor, muy hermosa, pero parece que está muy triste. Ya debe estar muy lejos.

Roberto de Beaulieu se quedaba cada vez más perplejo.

—¡Habladurias!—dijo Santiago de Brandes cuando estuvieron solos.—¡Un monton de historias que no tienen sentido comun! ¡Váyanse al diablo los chismes! Yo, despues de haber reflexionado, sigo vuestro consejo. Renuncio á los negocios y vuelvo á mi retiro. ¡Adios querido vecino!

Arrojó sobre la mesa siete francos para pagar su parte.

Y una vez fuera se frotó las manos.

—¡Partida bien jugada!—pensó—pero veremos sus consecuencias...

Sacó del bolsillo un papel muy doblado y leyó atentamente lo que sigue:

«Señor de Brandes:

»Partimos, no se la ruta que seguiremos. Cuando lo sepa con seguridad os lo participaré. Procurad que esos Beaulieu no se apoderen de la señorita y de su fortuna.

»CIRILO TRIQUET.»